

pues tanto han de estar con Él, y tan á solas, que de todo se habrán menester aprovechar, pues su Majestad lo sufre; y muy usadas acá, no enternecen tanto con el Señor, y sin esto no hay para qué. Es muy de mujeres, y no querría yo, Hijas mias, lo fuédes en nada, ni lo pareciédes, sinó varones fuertes; que si ellas hacen lo que es en sí, el Señor las hará tan varoniles, que espanten á los hombres. ¡Y que fácil es á su Majestad, pues nos hizo de nada!

8. Es tambien muy buena muestra de amor en procurar quitarlas de trabajo, y tomarle ella para sí en los oficios de la casa; y tambien en holgarse y alabar mucho al Señor del acrescentamiento que viere en sus virtudes. Todas estas cosas, dejado el gran bien que traen consigo, ayudan mucho á la paz y conformidad de unas con otras, como ahora lo vemos por experiencia, por la bondad de Dios. Plega á su Majestad llevarlo siempre adelante, porque sería cosa terrible ser al contrario, y muy recio de sufrir, pocas y mal avenidas: no lo permita Dios. Mas, ó se ha de perder todo el bien que va principiado por manos del Señor, ó no habrá tan gran mal. Si por dicha alguna palabrilla de presto se atravesare, remédiese luégo y hagan grande oracion; y en cualquiera destas cosas que dure, ó bandillos (1), ó deseo de ser más, ó puntillo de honra; que parece se me hiela la sangre cuando esto escribo, de pensar que puede en algun tiempo venir á ser, porque veo es el principal mal de los monasterios: cuando esto hubiese, dense por perdidas; piensen y crean haber echado á su Esposo de casa, y que en cierta manera le necesitan ir á buscar otra posada, pues le echan de su casa propia. Clamen á su Majestad, procuren remedio, porque si no le pone el confesar, y comulgar tan á menudo, teman si hay algun Judas. Mire mucho la Priora, por amor de Dios, en no dar lugar á esto, atajando mucho los principios, que aquí está todo el daño ó remedio: y la que entendiére alborota, procuren se vaya á otro monasterio, que Dios la dará con que la doten. Echen de sí esta pestilencia, corten como pudieren las ramas, ó, si no bastare, arranquen la raíz. Y cuando no pudiesen esto, no salga de una cárcel quien destas cosas tratare; mucho más vale,

(1) Pequeñas parcialidades ó bandos de poca importancia.

ántes que pegue á todas tan incurable pestilencia. ¡Oh que es gran mal! ¡Dios nos libre de monasterio donde entrare! Yo más querría que entrase en éste un fuego que nos abrasase á todas. Porque en otra parte creo diré algo más desto, como en cosa que nos va tanto, no me alárge más aquí, sinó que quiero más que se quieran y amen tiernamente, y con regalo, aunque no sea tan perfecto como el amor que queda dicho, como sea en general, que no haya punto de discordia. No lo permita el Señor, por quien su Majestad es; amen.

Suplico á nuestro Señor, y pídanse mucho, Hermanas, que nos libre desta inquietud, que de su mano ha de venir.

CAPITULO VIII.

Que trata del gran bien que es desasirse de todo lo criado, interior y exteriormente.

1. Ahora vengamos al desasimiento que hemos de tener, porque en esto está el todo, si va con perfeccion. Aquí digo está el todo, porque, abrazándonos con sólo el Criador, y no se nos dando nada por todo lo criado, su Majestad infunde las virtudes, de manera que, trabajando nosotras poco á poco lo que es en nosotras, no ternemos mucho más que pelear, que el Señor toma la mano contra los demonios y contra todo el mundo en nuestra defensa. ¿Pensais, Hermanas, que es poco bien procurar este bien de darnos todas á Él todo, sin hacernos partes, pues en Él estan todos los bienes, como digo? Alabémosle mucho, Hermanas, que nos juntó aquí, donde no se trata de otra cosa, sinó esto; y así no sé para qué lo digo, pues todas las que aquí estais me podeis enseñar á mí, que confieso en este caso tan importante no tener la perfeccion, como la desco y entiendo que conviene. De todas las virtudes, y de lo que aquí va, digo lo mesmo, que es más fácil de escribir que de obrar: y áun á esto no atinara, porque algunas veces consiste en experiencia el saberlo decir, y así, si en algo acierto, debo de atinar por el contrario destas virtudes que he tenido. Cuanto á lo exterior ya se ve cuán apartadas estamos aquí de todo. Parece nos quiere el Señor apartar de todo á las que aquí nos trajo, para llegarnos más sin embarazo su Majestad á Sí. ¡Oh Criador y Señor mio! ¿Cuándo merecí yo tan

gran dignidad, que parece habeis andado rodeando cómo os llegar más á nosotras? Plega á vuestra bondad no lo perdamos por nuestra culpa. ¡Oh, Hermanas mías, entendid por amor de Dios la gran merced que el Señor ha hecho á las que trajo aquí, y cada una lo piense bien en sí, pues en solas doce quiso su Majestad que fuédes una. Y que dellas, que multitud dellas mejores que yo sé que tomáran este lugar de buena gana, diómele el Señor á mí mereciéndole tan mal. Bendito seais Vos, mi Dios, y alábenos los ángeles y todo lo criado, que esta merced tampoco se puede servir como otras muchas que me habeis hecho, que darme estado de monja fué grandísima, y, como lo he sido tan ruin, no os fiásteis, Señor, de mí; porque, á donde habia muchas juntas no se echara de ver así mi ruindad, hasta que me acabara la vida, y yo la encubriera, como hice muchos años. Mas Vos, Señor, trajístesme á donde, por ser tan pocas, parece imposible dejarse de entender, y porque ande con más cuidado, quitáisme todas las ocasiones. Ya no hay disculpa para mí, Señor, yo lo confieso, y así he más menester vuestra misericordia para que perdoneis lo que tuviere.

2. Lo que os pido mucho es, que la que viere en sí que no es para llevar lo que aquí se acostumbra, lo diga ántes que profese. Otros monasterios hay á donde se sirve al Señor; no turben estas poquitas que aquí su Majestad ha juntado: en otras partes hay libertad para consolarse con deudos, aquí, si alguno se admite, es para consuelo dellos mismos. La monja que desear ver deudos para su consuelo, y no se cansare á la segunda vez, si no son espirituales, téngase por imperfecta; crea que no está desasida, no está sana, no terná libertad de espíritu, no terná entera paz, menester há médico. Y digo que si no se le quita y sana, que no es para esta casa. El remedio que veo mejor es no los ver hasta que se vea libre, y lo alcance del Señor con mucha oracion. Cuando se vea de manera que lo tome por cruz, véalos alguna vez en hora buena, para aprovecharlos en algo, que cierto los aprovechará y no hará daño á sí. Mas si les tiene amor, si le duelen mucho sus penas y escucha sus sucesos del mundo de buena gana, crea que á sí se dañará y á ellos no les hará ningun provecho.

CAPITULO IX.

Que trata del gran bien que hay en huir los deudos, los que han dejado el mundo, y cuán verdaderos amigos hallan.

1. ¡Oh si entendiésemos las religiosas el daño que nos viene de tratar mucho con deudos, cómo huiríamos dellos! Yo no entiendo qué consolacion es esta que dan, áun dejado lo que toca á Dios, sinó sólo para nuestro sosiego y descanso: que de sus recreaciones no podemos ni es lícito gozar; sentir su trabajo sí. Ninguno dejamos de llorar, y algunas veces más que los mismos. A osadas, que si algun regalo hacen al cuerpo, que lo paga bien el espíritu. Deso estais aquí bien quitadas, como todo es comun, y ninguna puede tener regalo particular, así la limosna que las hacen es general, y queda libre de contentarlos por esto, que ya sabe que el Señor las ha de proveer por junto.

2. Espantada estoy el daño que hace tratarlos, no creo lo creerá, sinó quien lo tuviere por experiencia; y qué olvidada parece que está el dia de hoy en las religiones, ó al ménos en las más, esta perfeccion. No sé yo qué es lo que dejamos del mundo las que decimos que todo lo dejamos por Dios, si no nos apartamos de lo principal, que son los parientes. Viene ya la cosa á estado, que tienen por falta de virtud no querer y tratar mucho los religiosos á sus deudos; y como que lo dicen ellos y alegan sus razones. En esta casa, Hijas mías, mucho cuidado de encomendarlos á Dios (despues de lo dicho, que toca á su Iglesia), que es razon: en lo demás apartarlos de la memoria lo más que podamos, porque es cosa natural asirse á ellos nuestra voluntad más que á otras personas. Yo he sido querida mucho dellos, á lo que decian, y yo los queria tanto, que no los dejaba olvidarme: y tengo por experiencia en mí y en otras, que dejados padres, que por maravilla dejan de hacer por los hijos (y es razon con ellos cuando tuvieren necesidad de consuelo, si viéremos que no nos hace daño á lo principal, no seamos extrañas, que con desasimiento se puede hacer, y tambien con hermanos) en lo demás, aunque me he visto en trabajos, mis deudos han sido quien

ménos me han ayudado en ellos, y quien me ha ayudado en ellos han sido los siervos de Dios.

3. Creedme, Hermanas, que, sirviéndole vosotras, como debeis, que no hallareis mejores deudos que los siervos suyos, que su Majestad os enviare. Yo sé que es así, y puestas en esto, como lo vais entendiendo, que en hacer otra cosa faltais al verdadero Amigo y Esposo vuestro, creed que muy en breve ganareis esta libertad, y de los que por sólo Él os quisieren, podeis fiar más que de todos vuestros deudos, y que no os faltarán, y en quien no pensais hallareis padres y hermanos. Porque, como estos pretenden la paga de Dios, hacen por nosotras: los que la pretenden de nosotras, como nos ven pobres y que en nada les podemos aprovechar, cánsanse presto, que, aunque esto no sea en general, es lo más usado en el mundo, porque en fin es mundo. Quien os dijere otra cosa, y que es virtud hacerla, no los creais, que, si dijese todo el daño que traen consigo, me habia de alargar mucho. Y porque otros, que saben lo que dicen mejor, han escrito en esto, baste lo dicho. Parece que pues, con ser tan imperfecta, lo he entendido tanto, ¿qué harán los que son perfectos? Todo este decirnos que huyamos del mundo, que nos aconsejan los santos, claro está que es bueno. Pues creed, que, como he dicho, lo que más se apega dél son los deudos y lo más malo de despegar.

4. Por eso hacen bien las que huyen de sus tierras, si les vale digo, que no creo va en huir el cuerpo, sinó que determinadamente se abraza el alma con el buen Jesús, Señor nuestro, que, como allí lo halla todo, lo olvida todo. Aunque ayuda es muy grande apartarnos hasta que ya tengamos conocida esta verdad, que despues podrá ser que quiera el Señor, por darnos cruz en lo que solíamos tener gusto, que tratemos con ellos.

CAPITULO X.

Trata cómo no basta desasirse de lo dicho, si no nos desasimos de nosotras mismas, y cómo está junta esta virtud y la humildad.

1. Desasiéndonos del mundo y deudos, y encerradas aquí con las condiciones que están dichas, ya parece lo tenemos todo hecho. ¡Oh Hermanas mías, no os asegureis, ni os echeis á dormir, que será como el que se acuesta muy sosegado, habiendo muy bien cerrado sus puertas por miedo de ladrones, y se los deja en casa. Ya sabeis, que no hay peor ladrón que el de casa, pues quedamos nosotras mismas, que si no se anda con gran cuidado, y cada una, como en negocio más importante que todos, no mira mucho en andar contradiciendo su voluntad, hay muchas cosas para quitar esta santa libertad de espíritu que buscamos, que pueda volar á su Hacedor, sin ir cargada de tierra y de plomo.

2. Grande remedio es para esto traer muy continuo en el pensamiento la vanidad que es todo, y cuán presto se acaba, para quitar la afición de las cosas que son tan baladíes, y ponerla en lo que nunca se acaba (que, aunque parece flaco medio, viene á fortalecer mucho al alma), y en las muy pequeñas cosas traer gran cuidado; en aficionándonos á alguna, procurar apartar el pensamiento della, y volverle á Dios, y su Majestad ayuda. Y hános hecho gran merced, que en esta casa lo más está hecho, puesto que éste apartarnos de nosotras mismas, y ser contra nosotras, es récia cosa, porque estamos muy juntas, y nos amamos mucho, aquí puede entrar la verdadera humildad; porque esta virtud y estotra, paréceme que andan siempre juntas y son dos hermanas, que no hay para qué las apartar. No son estos los deudos de que yo aviso que se aparten, sinó que los abracen y los amen, y nunca se vean sin ellos.

3. ¡Oh soberanas virtudes, señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo, libradoras de todos los lazos y enredos que pone el demonio, tan amadas de nuestro enseñador Jesucristo! Quien las tuviere, bien puede salir, y pelear con todo el infierno junto, y contra todo el mundo y sus ocasiones. No

haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene á quien temer, porque nada se le da de perderlo todo, ni lo tiene por pérdida: sólo teme descontentar á su Dios, y suplicale le sustente en ellas, porque no las pierda por su culpa. Verdad es, que estas virtudes tienen tal propiedad, que se esconden de quien las posee, de manera que nunca las ve, ni acaba de creer que tiene ninguna, aunque se lo digan; mas tiénelas en tanto, que siempre anda procurando tenerlas, y válas perficionando en sí más; aunque bien se señalan los que las tienen, luégo se da á entender á los que las tratan, sin querer ellos.

4. Mas qué desatino, ponerme yo á loar humildad y mortificación, estando tan loadas del Rey de la gloria, y tan confirmadas con tantos trabajos suyos! Pues, Hijas mías, aquí es el trabajar por salir de tierra de Egipto, que, en hallándolas, hallareis el maná: todas las cosas os sabrán bien; por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se os harán dulces. Ahora pues, lo primero que hemos de procurar, es quitar de nosotras el amor deste cuerpo, que somos algunas tan regaladas de nuestro natural, que no hay poco que hacer aquí, y tan amigas de nuestra salud, que es cosa para alabar á Dios la guerra que dan, á monjas en especial, y áun á las que no lo son, estas dos cosas. Mas, algunas monjas no parece que venimos á otra cosa al monasterio, sinó á procurar no morirnos: cada una lo procura como puede. Aquí á la verdad poco lugar hay desso con la obra, mas no querría yo que hubiese el deseo. Determináos, Hermanas, que venís á morir por Cristo, y no á regalaros por Cristo, que esto pone el demonio ser menester para llevar y guardar la Orden, y tanto en hora buena se quiere guardar la Orden con procurar la salud para guardarla y conservarla, que se muere sin cumplirla enteramente un mes, ni por ventura un dia. Pues no sé yo á qué venimos, no hayan miedo que nos falte discrecion en este caso por maravilla, que luégo temen los confesores que nos hemos de matar con penitencias, y es tan aborrecida de nosotras esta falta de discrecion, que así lo cumpliésemos todo.

5. A las que lo hicieren al contrario, sé que no se les dará nada de que diga esto, ni á mí de que digan que juzgo por

mi, que dicen verdad: creo, y sélo cierto, que tengo más compañeras, que terné injuriadas por hacer lo contrario. Tengo para mí, que así quiere el Señor que seamos más enfermas: al ménos á mí hizome el Señor gran misericordia en serlo, porque, como me habia de regalar, así como así quiso que fuese con causa. Pues ¡es cosa donosa las que andan con este tormento, que ellas mismas se dan! Algunas veces dáles un frenesí de hacer penitencias, sin camino ni concierto, que duran dos dias, á manera de decir: después pónelas el demonio en la imaginacion, que les hizo daño, y que nunca más penitencia, ni la que manda la Orden, que ya lo probaron. No guardamos unas cosas muy bajas de la regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal, y no nos ha venido á la imaginacion que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata. Un dia, porque nos dolió, y otro, porque no nos ha dolido, y otros tres, porque no nos duela; y queremos inventar penitencias de nuestra cabeza, para que no podamos hacer lo uno ni lo otro: y á las veces es poco el mal, y nos parece que no estamos obligadas á hacer nada, que con pedir licencia cumplimos.

6. Direis que ¿por qué la da la Priora? A saber lo interior, por ventura no lo haría; mas como le haceis informacion de necesidad, y no falta un médico que ayuda por la misma que vos le haceis, y una amiga, ó parienta que lllore al lado, aunque la pobre Priora alguna vez ve que es demasiado, ¿qué ha de hacer? Queda con escrúpulo si falta en la caridad; quiere más que falteis vos que ella, y no le parece justo juzgaros mal. Oh, este quejar ¡válame Dios! entre monjas, Él me perdona, que temo ya es costumbre. Estas son cosas que puede ser que pasen alguna vez, y porque os guardéis dellas las pongo aquí; porque si el demonio comienza á amedrentar con que nos faltará la salud, nunca haremos nada.

El Señor nos dé luz para acertar en todo: amen.

CAPITULO XI.

Prosigue en la mortificacion, y dice la que se ha de adquirir en las enfermedades.

1. Cosa imperfectísima me parece, Hermanas mías, este quejarnos siempre con livianos males: si podeis sufrirlo, no lo hagais. Cuando es grave mal él mesmo se queja: es otro quejido, y luégo se parece. Mirad qué sois pocas, y, si una tiene esta costumbre, es para traer fatigadas á todas, si os teneis amor y caridad; sinó que la que estuviere de mal, que sea de veras mal, lo diga, y tome lo necesario, que, si perdeis el amor propio, sentireis tanto cualquier regalo, que no hayais miedo que tomeis sin necesidad, ni os quejeis sin causa: cuando la haya, sería muy bueno decirla, y mejor mucho que tomarle sin ella, y muy malo si no se apiadasen. Mas deso á buen seguro, que, á dónde hay oracion y caridad, y tan pocas, que os vereis unas á otras la necesidad, que nunca falte el regalo, ni el cuidado de curaros. Mas unas flaquezas y malecillos de mujeres, olvidáos de quejarlas, que algunas veces pone el demonio imaginacion destos dolores; quítanse y pónense: si no se pierde la costumbre de decirlo, y quejaros del todo, sinó fuere á Dios, nunca acabareis.

2. Pongo tanto en esto, porque tengo para mí que importa, y que es una cosa que tiene muy relajados los monasterios; y este cuerpo tiene una falta, que mientras más le regalan, más necesidades descubre. Es cosa extraña lo que quiere ser regalado, y, como tiene algun buen color, por poca que sea la necesidad engaña á la pobre del alma para que no medre. Acordáos, qué de pobres enfermos habrá que no tengan á quién se quejar; pues pobres y regaladas no lleva camino. Acordáos tambien de muchas casadas (yo sé que las hay) y personas de suerte, que, con graves males, por no dar enfado á sus maridos, no se osan quejar, y con grandes trabajos: pues ¡pecadora de mí! sé que no venimos aquí á ser más regaladas que ellas. ¡Oh que estais libres de grandes trabajos del mundo! Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos. Pues es una mujer mal casada, y porque no lo sepa su

marido, no lo dice, ni se queja; pasa mucha mala ventura sin descansar con nadie; ¿y no pasaremos algo entre Dios y nosotras, de males que nos da por nuestros pecados? Cuanto más que es nonada lo que se aplaca el mal.

3. En todo esto que he dicho, no trato de males récios, cuando hay calentura mucha, aunque pido que haya moderacion y sufrimiento siempre, sinó unos malecillos que se pueden pasar en pié, sin que matemos á todos con ellos. ¿Mas qué fuera si esto se hubiera de ver fuera desta casa? ¿Qué dijeran todas las monjas de mí? Y ¡qué de buena gana, si alguna se enmendara, lo sufriera yo! Porque, por una que haya desta suerte, viene la cosa á términos, que, por la mayor parte, no creen á ninguna por graves males que tenga. Acordémonos de nuestros Santos Padres pasados ermitaños, cuya vida pretendemos imitar; ¿qué pasarían de dolores, y qué á solas, y qué de frios, y hambre, y sol, y calor, sin tener á quién se quejar, sinó á Dios? Pensais qué eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras. Y creed, Hijas, que en comenzando á vencer estos cuerpezuelos, no nos cansan tanto: hartas habrá que miren lo que habeis menester; descuidáos de vosotras, si no fuere á necesidad conocida. Si no nos determinamos á tragar de una vez la muerte, y la falta de salud, nunca haremos nada: procurad de no temerla, y dejáros todas en Dios, venga lo que viniere. ¿Qué va en que muramos? De cuantas veces nos ha burlado el cuerpo ¿no burlaríamos alguna vez dél? Y creed, que esta determinacion importa más de lo que podemos entender; porque de muchas veces, que poco á poco lo vamos haciendo con el favor del Señor, quedarémos señoras dél. Pues vencer un tal enemigo, es gran negocio, para pasar en la batalla desta vida: hágalo el Señor como puede. Bien creo que no entiende la ganancia, sinó quien ya goza de la victoria; que es tan grande, á lo que creo, que nadie sentirá pasar trabajo, por quedar en este sosiego, y señorío.